CABALGANDO POR LAS LADERAS ANDINAS

Las inalcanzables cumbres andinas enmarcaban nuestra travesía por angostos senderos pedregosos. Con paso seguro las experimentadas cabalgaduras nos permitieron disfrutar de una experiencia inolvidable.

Por: Tomás Thibaud

Un jueves a fines de enero partimos bien temprano rumbo a Los Molles, Las Leñas, Provincia de Mendoza, con mucha ansiedad por hacer la cabalgata por los Andes. La idea era llegar al límite con Chile por el paso del cerro Santa Elena. Habíamos tenido comentarios de todo tipo, desde lo sensacional que nos iba a parecer la aventura, hasta las recomendaciones acerca del frio, la altura, la lluvia, la nieve, el viento, los remedios, la comida etc. Algunos nos decían que estábamos locos, y otros envidiaban nuestra valentía por pasar días y noches a la intemperie sin siquiera una carpa para dormir. Tan solo nuestras almas con las del resto de los aventureros, los caballos, y las estrellas que aparecían en los cielos de los enormes e interminables valles formados por las cadenas montañosas.

El viaje desde Buenos Aires fue largo y cansador, por lo cual decidimos hacer una parada en San Rafael para visitar el alucinante dique de los Reyunos.

Llegamos el sábado al CAP Hostel de Gaspar Rojas donde nos conocimos con quienes nos acompañarían en la aventura. Nos entregaron las alforjas en las cuales guardamos lo elemental para el viaje.

Alrededor de las 17 hs partimos en camioneta hacia Valle Hermoso donde nos instalaríamos para pasar la primer noche de montaña, durmiendo a la intemperie, previa comida de unos apetitosos pollos asados.

La mañana siguiente amanecí a las 5.30 para ver esconderse la luna, y aparecer el sol en un amanecer increíble. No había sido una noche sencilla, pues encontrar la pose para dormir cómodo sobre el suelo pedregoso, no fue fácil. Aproveché esa mañana para sacar fotos de los primeros rayos de sol que aparecían sobre la cadena montañosa que nos rodeaba. El frio había formado escarcha sobre el rocío de las alforjas, pero nada impedía disfrutar ese paraíso. No por nada lo han llamado Valle Hermoso.

Aparecieron algunos vaqueanos, vaya a saber uno de donde, arreando el ganado. Desde la cima de una pequeña montaña que nos servía de reparo pude ver arribar la caballada que nos iba a transportar por la ansiada aventura andina. A lo lejos unos 30 caballos eran arreados por el lugareño que nos acompañaría durante todo el trayecto, Don Fabián Rojas.

A cada uno de los 15 aventureros se nos entregó un caballo, aquel que sería nuestra otra mitad durante los 6 días de cabalgata. La noche anterior ya se nos había entregado las monturas que servían como rústico colchón. Ensillamos y partimos rumbo al primer destino: Una mina de cobre abandonada. El terreno era muy empinado por lo que debimos dejar las alforjas en la base, para que la subida sea más liviana. Es difícil imaginar el frío que hacia dentro de esa mina. Túneles totalmente oscuros. Dios y la patria tenga en su memoria a quienes han trabajado allí dentro por largas horas y días. Durante el ascenso nos sobrevolaban curiosos aguiluchos y cóndores. Difícil era hacer tomas desde arriba del caballo, casi en posición vertical, y con un teleobjetivo para paisajes.

Bajamos de la mina. Almorzamos. Descansamos y partimos hacia lo que sería el campamento para la segunda noche. Un lugar que contaba con un pequeño corral de pircas, y un puesto de piedra y chapa que sirve de reparo para los paisanos que andan arreando vacas y/o cabras. Armamos las camas con las monturas y las bolsas de dormir, maneamos los caballos para que no se escapen y nos dimos un baño en un arroyo casi helado que entumecía los pies al meterse. Entre cuentos y guitarra comimos y ya esperamos el día siguiente. Una noche más que tuvimos el regalo de ver tantas estrellas como nunca antes había visto.

Para ir al siguiente destino debíamos esperar que entrara la tarde pues teníamos que pasar por un valle pantanoso que estaba plagado de jejenes y tábanos, ambos insectos importantes enemigos de los caballos. Es por ello que temprano decidí ir en soledad hasta la Laguna del Corazón que estaba a 20 minutos de caminata, del otro lado de una loma la cual había visto durante la bajada de la mina. Saben que desde arriba de la montaña y la enormidad de los valles, acompa-

ñados por la claridad de la luz, se puede ver por kilómetros. En dicha laguna me encontré con variedad de aves, gaviotines, golondrinas, patos portugues, maca plateado y kaukenes, entre otros.

De regreso hacia el puesto en busca del almuerzo y la preparación para el nuevo campamento, encontré una pequeña formación rocosa que debajo suyo había formado un ojo de agua. Allí una familia completa de Kaukenes: macho, hembra y crias, nadaban con mucha tranquilidad y sin temor alguno, por lo cual se dejaron fotografiar. Asimismo pude observar variedad de lagartijas de las cuales también hice importantes retratos. Ya era casi mediodía y el sol pegaba fuerte.

Esa tarde entonces partimos hacia el tercer campamento bordeando el rio Cobre. Esa sí que era zona pantanosa donde uno de los guías, Nacho, ha quedado empantanado pero con la fuerza de los caballos de montaña pudo salir sin mayor problema. Pasamos por un paraje donde había un campamento con unas carpas espectaculares traídas de Malasia. Dicen que se trata de un campamento donde se hace pesca deportiva de truchas con Mosca. Allí también observamos unas termas de azufre, y habiendo acampado en sus cercanías, aproveche para remontar un barrilete traído desde Buenos Aires. Es que me habían dicho que en las alturas de Los Andes había viento, pues consideré divertido poder ver volar un cometa sobre esos picos. Fue una excelente sensación y una oportunidad para tomar algunas fotografías divertidas. Entre risas y cargadas, la gente del lugar reconoció que era la primera vez que veían remontar un barrilete en la Cordillera de los Andes.

Ya en el cuarto día amanecimos temprano para hacer la última base antes de arribar al hito que marca la frontera entre Argentina y Chile. Esta vez nos tocó cruzar para el otro lado del Cordón Santa Elena. Fue la primera vez que sentí escalofrió por lo empinado de la subida y el esfuerzo de los caballos. A mí me había tocado uno bien despierto y morrudo, que en el llano quería disparar pero en la montaña era un tractor. Zigzagueando logramos hacer cumbre. Allí debimos cabalgar por un filo con precipicio de ambos lados y

un fuerte viento que hacia balancear a la caballada. Bajamos muy despacio y tuvimos nuestro almuerzo. Que bueno ver esas milanesas en medio de la nada. El sol pegaba fuerte, por lo que un baño en el rio helado permitió renovar fuerzas y limpiar la tierra de los Andes que traía sobre mi cuerpo. Rápidamente partimos al último destino antes de hacer cumbre en la frontera. Una zona sin leña. En las alturas. Al pie de una cascada. Debimos prender el fuego con bosta seca de vaca para cocinar y calentar agua para el mate. Que bárbaro como calienta ese material, con llama azul por el gas que contiene. Hicimos noche y ya amanecidos nuevamente ensillamos.

Otra vez debimos dejar las alforjas en el campamento, ya que subir al hito a 3200 mts. de altura era muy duro. Ahí sí que sentí la pesadez del terreno al notar que mi caballo, El Tomato, iba casi en cámara lenta. En posición vertical, y zigzagueando llegamos al esperado hito. Que emoción fue ver que allí estábamos, luego de largos días de travesía, y encontrar un manchón de nieve.

Sí que fue duro el camino de regreso, 4 hs de cabalgata sin detener el paso, bordeando el rio Cobre con nubarrones y relámpagos que nos comenzaban a rodear. Se levantó un fuerte viento y algunas gotas nos cayeron. Fresco estaba el tema. Fue el primer día que cabalgamos con clima nublado, y al llegar al último campamento, en la otra punta del Valle Hermoso de donde habíamos arrancado la cabalgata, ya creíamos que el agua nos iba a tapar. Algunos previsores decidieron armar las carpas, pero yo no podía meterme dentro de una pues la naturaleza que se veía sin techo era omnipotente. Finalmente no llovió y pasamos una noche cálida bajo oscuras nubes. De todos modos fue un increíble espectáculo que me permitió obtener de las mejores fotos de paisajes que nunca había sacado. Las montañas iluminadas por los pocos rayos de sol que atravesaban los nubarrones, y el atardecer dejaban ver montañas sombreadas pero con haces de luz que hacían un paisaje digno de contemplar.

El último día debimos atravesar todo el Valle Hermoso

para arribar al mismo lugar desde donde habíamos partido, debajo del Cerro Centinela, imponente y magestuoso. En esa oportunidad otro temor me atacó, debíamos atravesar el rio Tordillo muy caudaloso. El temor no se debía a otra cosa que a mojar el equipo fotográfico. Finalmente encontramos un paso de poca profundidad.

Ha sido una gran aventura. Un lugar único donde he podido fotografiar magníficos paisajes, y algo de fauna. He podido contemplar el Patrimonio Natural, en casi todas sus formas: montañas, valles, ríos, cielo, luna, estrellas, sol, aves, pastizales, rocas, y todos los colores que la naturaleza nos brinda.

Ha sido nuestro guía y protector, Juan Manuel Basin a quien agradezco su compañía y sabiduría de caballos. Este hombre criado desde su niñez al lado de estos nobles animales, hoy profesor de equitación y amansador, me hacia recordar al título de aquella película "El hombre que susurraba a los caballos". Mientras todos íbamos en fila él andaba con su lobuno pasando por nuestros laterales y con un toque o un comentario dominaba la situación: dale más rienda, ajusta la rienda derecha, alarga la rienda izquierda, dale al paso, vamos a un tranco más rápido e indicaciones para mantenernos siempre alertas. Por la mañana era quien se encargaba de ensillar los caballos de los 15 aventureros, mientras que Nacho y Fabián preparaban las mulas. Las mulas fuertes y expertos animales que llevaban nuestros víveres y elementos de cocina. Por las tardes desensillaba y maneaba los caballos. Era también quien decidía y dirigía al grupo dando un orden en la fila a cada jinete cuando había que pasar por un terreno riesgoso. Durante el año vive en la ciudad de Cañuelas por donde organiza cabalgatas bonaerenses. En este momento se encuentra organizando una cabalgata por los Esteros del Iberá. Pronto volveremos a cabalgar con él por otras zonas en busca de lugares únicos para fotografiar

Si desean ponerse en contacto con el autor de esta nota o les interesa conocer más detalles de las cabalgatas podes escribir a tomasthibaud@hotmail.com o a Juan Manuel Basin. Cel: 15 6044-7419 aceitesespeciales@hotmail.com

ESTEROS DEL IBERA

Precios Promocionales Primavera 2012

www.rincondelsocorro.com • info@delsocorro.com • Tel: 03773 15475114